

ESTAMPA DE INVIERNO

Si no fuera por el humo azulado que de las viejas chimeneas sube hacia el cielo, esta aldea pasaría casi desapercibida. Y es que desde lo alto se hace tan difícil distinguir dónde se separa el blanco del suelo con los tejados de las casas...

De los arabescos aleros cuelgan carámbanos de hielo. Largos y afilados unos; cortitos los más. Si el sol posa sus rayos sobre ellos despiden destellos delicados, suaves, preciosos. Cada gota que se deja caer es una luminosa perla que estalla sobre las húmedas losas del suelo.

Del interior de las cuadras siempre plagadas de enormes y sucias telarañas, llega hasta la calle nevada una tibieza inconfundible. Cacareo de gallinas, mugido de bueyes y sonar de esquilas cuando nuestras sombras que pasan se proyectan a través de la enrejada ventana que da al establo.

Las calles del pueblo están desiertas. Un estrecho camino se abre entre la nieve y va a parar a la fuente de piedra. Y otro más alargado al que se unen otros, lleva al pie del atrio de la iglesia.

Caras infantiles se aprietan tras los vidrios de las pequeñas ventanas. Desaparecen instantáneamente para ser sustituidos por rostros arrugados y ojos inquisitivos. En el interior de la casa ya tienen un motivo para comentar.

La campana de la iglesia empieza a tocar. Cuando pasamos por una de estas aldeas nunca sabemos la causa por la cual tocan. Nos parece que lo hacen sin ninguna razón. Tocar por tocar.

La campana de esta iglesia apenas se siente. Su tañido suena como si se golpease sobre un viejo caldero. Claro que la causa proviene de que su cuerpo de bronce está casi forrado por la nieve.

Un arroyo pasa cerca del pueblo. Tampoco se vería a no ser porque la nieve ha cedido en sitios diferentes haciendo el agua túneles de frías y blancas paredes por los que se meten pedazos de hielo.

Arriba de la aldea hay un pinar, y más arriba crecen robles; y después de terminados éstos se encuentra la montaña que se alarga y sube como si quisiera tocar el cielo.

El pinar está encantador. Yo creo que los pinos los puso Dios con el solo deseo de que la nieve se pose sobre ellos y hagan que el paisaje de invierno pierda su monotonía y adquiera al propio tiempo la hermosura que éstos le dan. Los robles por el contrario ostentan menos belleza. Parece como si la nieve que se deja caer sobre ellos lo hiciera con el exclusivo objeto de ocultar la calvicie de sus ramas. Y es que no hay nada más triste para el paisaje que un árbol desnudo.

Estamos en la montaña. Costras de hielo dejadas al descubierto por la chillona ventisca que se arrastra en la cumbre. Remolinos blancos que en danza desenfadada y cruel nos envuelve y azota despiadadamente el rostro; nos ciega, nos ahoga y nos desespera. Esa debe ser la venganza del invierno. Desata su furia contra todos aquellos que pretenden hollar los dominios que ahora están reservados para él. Y muchas veces gana...

Noche de invierno. Viento helado sobre un paisaje desgarrado. Las aguas del arroyo han paralizado su curso; se han convertido en pulido y duro cristal en el que una luna muy alta e intensamente pálida trata de reflejar una cara sin expresión.

¿Por qué aullará aquel perro a las estrellas?

EDUARDO MAULEON